

Que es la muger un cristal
Que si se empaña una vez,
La mancha ó la palidez
Se lavan luego muy mal

Mirad, Don Mendo, al balcon
Y á la calle atentamente.
—Padre, padre, eternamente
La misma conversacion!

—Si os salvé, señor, la vida,
La honra os he de salvar,
Yo por ella he de velar,
Si vuesa merced la olvida.

—Ved que vos podeis muy bien
Dar camino á una sospecha.
—Ved que en cuenta tan estrecha
Podeis vos errar tambien.

—Ved que soy yo su marido!
—Ved que ella es vuestra muger!
—Sé que me ama.
—Puede ser.
—Y pudiera...
—Haber mentido.

—Mas, padre, vos...
—Vedla allí,
Y aunque así á vos no os ofende,
Pensad que á todos atiende
Menos á vos...
—Eso sí!

—Pues si os ama, ¿cómo á vos
Es á quien busca el postrero?
—Ay triste del que altanero
Me compita ¡vive Dios!—

Así en voz baja platican
Aquellos dos personajes,
Al ir de su propia casa
Avistando los umbrales;
Y saludando á Leonor
Que al balcon á verlos sale,
Con la procesion siguieron
Toda la plaza adelante.

VIII.

En un estrecho aposento
Al amarillo fulgor
Que por entre seis cristales
Despide un turbio farol,
El capellan y Don Mendo
En ténue y secreta voz
Vienen de alta consecuencia
Trabada conversacion.
Don Mendo está pensativo,
Encendido de color,
La mano puesta en la frente,
Mal sentado en un sillón,
Los cabellos en desórden,

Luchando con su interior,
Y retratando en el gesto
La inquietud del corazón.

El capellan tiene el rostro
Entre hipócrita y feroz,
Y contempla el de Quiñones
Con ojo escudriñador.
Al abrigo guarda el suyo
De la sombra del farol,
Cuidando de que á Don Mendo
Ilumine el resplandor.
Entre ambos hay estendido
Un macizo velador,
En que para estar mas cerca
Se apoyan tal vez los dos.
A una pregunta de Abarca
De estremada concision,
Con otra pregunta idéntica
El capellan contestó.

—Y su tristeza y despego
¿No veis de entonces, señor?
—Mas ved, padre...

—Y no decís
Que al saber vuestro perdon,
Casi loca de alegría
Vuestra vuelta aceleró?
—Es verdad.

—Y no decís
Que advertisteis variacion
Desde la misma mañana
En que en la córte se vió?
—Y eso, padre...

—Y no decís
Que un ensueño aterrador
La atosiga desde entonces
Y la pone en afliccion?
—Es verdad.

—Y no decís
Que de aqueste torcedor
Nunca la secreta causa
Vuestra esposa os reveló?
—Y eso prueba...

—Que en su pecho
Hay secretos para vos,
Y las mugeres no tienen
Mas secretos que el amor.—

Don Mendo apretó los puños
Cuando tal respuesta oyó,
Y en la inquietud de sus ojos,
Que revuelve en derredor,
Se ve bien que busca el triste
Otra disculpa ó razon.
En tanto el cura le atiende
Con sonrisa de traidor,
Y rebosan sus pupilas
Sangrienta satisfaccion.
Por fin, como quien despliega
Todo el último valor,
Con hondo y trémulo acento
Mendo Abarca replicó:
—Tal vez de mugeres, padre,
Secretos caprichos son

Que solo consultar deben
Allá con su confesor.

—Los caprichos mugeriles
Ya os dije, Don Mendo, yo,
Que si al marido se celan
No son mas que otra pasion.
—Callad, padre, porque me hacen
Vuestras palabras pavor,
Y es tan profunda esta herida
Que me duele ¡vive Dios!
—Pues buscad presto remedio,
Don Mendo, porque si no
La herida se os hará cáncer
Que gangrene vuestro honor.
Mañana tal vez...

—Por cierto
Que es tremenda precision!
Dejadme que bien pensado
El tiempo...

—Tiempo veloz,
Tiempo rápido! que el tiempo
Carcome la reflexion.
—Pero, padre, ¿ved que errarlo
No fuera...?

—Nunca peor,
Que en cuidar mucho su honra
Jamás hidalgo pecó.
Ved que yo he perdido el mio,
Y aunque hice venganza atroz,
Ni le he cobrado, ni el tiempo
Me ha quitado este borron.
—Pues bien, si es cierto, á impedirlo
O á vengarle pronto estoy.
—Pues el remedio, ó venganza:
Ved que urge.

—Teneis razon;
Y pues sabeis la dolencia,
Buscadme el remedio vos.—

Guardaron ambos silencio
En torva meditacion:
Don Mendo fijos los codos
Sobre el ancho velador,
Las sienes entre las manos
Y el cabello en confusion,
Como quien devora y siente
Secreto afan interior.
Su sombrío compañero
De espaldas en el sillón,
Es un hombre á quien se puede
Partir la figura en dos.
Unas veces es un monge,
Ministro santo de Dios,
Cuya presencia es consuelo
A mundanal afliccion,
Cuyo rostro da franqueza,
Cuya magestuosa voz
Aconseja dulcemente
Dando calma al corazón.
Otras es un hombre osado,
Duro, hipócrita ó traidor,
Que aguarda en faz misteriosa
Una pensada ocasion:

Un tigre que acecha oculto
La presa que descubrió,
Y hace que duerme tranquilo
Para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos
Dirán que hace oracion,
Mas arden cuando los alza
En fuego fascinador;
Y al fijarlos en Don Mendo
Tan horrible es su expresion,
Que mas que monge, dijeran
Que semeja un salteador.
A veces pintan la ira
Y á veces la compasion,
Y á veces pintan los celos
Y otras veces el furor;
Y el orgullo y la vergüenza,
Y el duelo y la confusion,
Y la venganza y la rabia,
La constancia y el valor,
A un tiempo brillaba en ellos...
Mas todo cambió veloz
Cuando Don Mendo la frente
De entre las manos alzó.
Fué otra vez el mismo monge
Amigo y consolador,
Que la existencia de Abarca
En el combate salvó.
La mirada que Quiñones
Tendió angustiado en redor,
A la del monge pedia
Mas que justicia, perdon.
Mas el clérigo inflexible
En sorda y siniestra voz,
Así dijo entre los dedos
Deshilachando el ropon:
—Escuchadme, Mendo Abarca;
En negocios como el de hoy
Hasta que todo se aclara
Disimular es mejor.
Solo un medio se me alcanza:
Pues que capellan soy yo,
Disponed que á vuestra esposa
Oiga un dia en confesion.—

Y esto diciendo brillaban
Sus ojos con tal fulgor,
Que semejaron la lumbre
De enrojecido carbon.
El marido, que turbado
Tal vez no le comprendió,
Replicóle:

—Entonces, padre,
Lo alcanzareis solo vos!—
A lo que el clérigo dijo:
—Muy torpe, Don Mendo, sois,
Pues se oye desde una alcoba
Lo que se habla en un salon.
—Cierto, padre; pero... hay puntos
Que en ofensa son de Dios.
—Cierto, Abarca, mas hay prendas
Que encierran tanto valor.
—No os comprendo!

—Conclayamos
Tan necia conversacion;
Si sois hidalgo, Don Mendo,
Curad bien de vuestro honor,
O sufrid que el pueblo ria
A vuestra faz.

—Eso no!
¿Decís que el pueblo se rie?
—¿Quién lo duda?
—¿Y tal baldon
Llevará junto mi nombre. . . . ?
—El del marido, señor.
—¿Y mi esposa. . . . ?

—Ha de infamaros
Si es cierto que os engaño,
Ireis con ella á la córte,
Y han de mofarse de vos.
El rey os hablará de ella,
Y ha de mofarse de vos.
La verán al lado vuestro,
Y han de mofarse de vos,
Y os tendrán, á no vengaros,
Por necio, ó encubridor.
—¿Basta, padre, ó con la lengua
Os arranco el corazon,
Que verdades tan amargas
Las tolera solo Dios!
¿Basta á fé. . . ! finjiré un voto
De una peregrinacion,
Su confesion en voz alta
La tomareis, padre, vos;
Pero dentro de la alcoba
La he de escuchar tambien yo —

Y alzándose del asiento
Tomó Don Mendo el farol,
Dirigiéndose á una puerta
Que da paso á un callejon.
El clérigo le seguia
En ademan triunfador,
Y al trasponer los umbrales
Entre dientes murmuró:
“Este mes hace tres años,
“Mañana al salir el sol
Un crimen y un duelo mismo
Tendremos que llorar do.”
Tornóse Mendo, y pensando
Que dudaba, preguntó:
—¿Qué decís, padre?

—Rezaba:
Id adelante, señor. —

IX.

En una sala cuadrada
Con tres tapices cubierta,
Al pié de un reclinatorio
De cincelada madera,
Ante un monge de rodillas,
Con un velo en la cabeza,
Doña Leonor de Quiñones

Cristianamente confiesa.
El rojo sol de occidente
Reflejando en las vidrieras,
Por las entornadas hojas
Con trémula luz penetra,
Y en los tapices tendido
Una ráfaga postrera,
Con paso incierto al huirse
Pasa de una en otra hebra,
Hay á un lado de la sala
Con un cerrojo una puerta,
Y en el otro un gabinete
Con una cortina negra.
La muger en faz humilde,
El monge en faz altanera,
Seguian la confesion
En preguntas y respuestas.
Pregunta el monge en voz alta,
Responde en voz débil ella;
El pregunta:—¿No es así?—
Y ella—*Sí padre*—contesta.
Parece segun lo exacto
Con que pregunta y acierta,
Que está el confesor leyendo
La pregunta en la conciencia.
Decia el monge:

—¿Una noche?
—Sí, padre.
—¿Las doce eran?
—Sí, padre.
—¿Zumbaba airada
En las torres la tormenta?
—Sí, padre.
—¿Amais á Don Mendo?
—Sí, padre.

—¿Y sabeis que es fuerza
Guardar entera la honra
Que un hombre á su esposa entrega?
—Ved, padre, que yo dormia.
—¿Y quién guardaba las puertas,
Que así osó llegar un hombre
Hasta la cámara vuestra?
¿Sabeis que no bastan llaves,
Murallas, ni centinelas,
Para guardar dignamente
La fama y la honra agena?
¿Sabeis que son las mugeres
Solo un arca, donde cierran
Todo su honor los maridos
Con candados de vergüenza?
¿Sabeis que muger sin honra
Es solo un padron de afrenta,
Que eternamente en el rostro
El vendido esposo lleva?
—Ved, padre, que yo dormia:
¿No fué crimen, sino fuerza!
—¿Y no pedisteis á Mendo
Venganza horrorosa y presta?
—Faltóme, padre, el valor.
—¿Luego fué traicion completa,
Pues que lanzásteis el dardo
Y escondísteis la ballesta!—

TEMPESTAD DE VERANO.

Toledo, 23 de Julio de 1834.

FRAGMENTOS.

I.

Por entre moradas nubes
Derrama su lumbre el sol,
Y el valle, el monte y el llano
Ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
Abrigo consolador,
Y al pié del robusto tronco
Dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma
Tiene de turbio color,
Secas las fauces que tragan
Abrasada aspiracion.

Tardos vagan los reptiles
De sus grutas en redor,
Entre la tostada yerba
Huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
Con lastimero clamor
Entre el follaje sombrío
Su enamorada afliccion;

Ni estremeciendo las plumas
Al dar arranque á la voz,
En dulces trinos gorgea
Armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos
El ronco y cansado son,
Ni los olmos se columpian
Con susurrante rumor;

Ni las espigas se doblan
En vistosa confusion,
Ni entona groseras letras
Allá en el valle el pastor;

Ni trepa la suelta cabra
Por el agudo peñon,
De una vana yerbecilla
Libre y caprichosa en pos;

Ni ladra el mastin atento,
Ni aulla el lobo traidor,
Ni cruza por la vereda
De hormigas largo cordon;

Ni en la ciudad ni en el llano,
Ocioso ni reñidor,

Trémula, medrosa, ahogada,
La frente contra la tierra,
El rostro entre las dos manos,
Clamó acelerada ella:
—Callad, padre, y si pequé
Imponedme penitencia!—

En esto alzó la cortina
Don Mendo, que tal oyera,
Y asiéndola del cabello
La dijo:

—¿Pues que confiesas
Que cometiste la culpa,
Sufre, traidora, la pena!—

Y escondiéndola la daga
Dentro la garganta mesma,
Luchando con la agonía,
Sobre la alfombra la suelta.

A su espalda en este punto
Horrible, insultante, hueca
Oyóse una carcajada,
Y el capellan con violencia
Poniendo mano al estoque,
Gritó á Don Mendo en voz recia:
“Yo asesiné á Margarita,
Y lavé mi honra en la vuestra.
Don Mendo, yo soy *Rui Perez*,
Que ha tres años que os acecha,
Que os acosa y os persigue,
Porque sabe, aunque le pesa,
QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN.
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.”

SONETO.

Cólmame, Juana, el cincelado vaso
Hasta que por los bordes se derrame,
Y un vaso inmenso y corpulento dame
Que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera por siniestro caso
En sen medroso la tormenta brame,
Y el peregrino á nuestra puerta llame
Treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, ó desespere, ó pase;
Deja que el recio vendabal sin tino
Con rauda inundacion tale y arrase,

Que si viaja con agua el peregrino,
A mí, con tu perdon cambiando frase,
No me acomoda caminar sin vino.

Aguarda en peña, ó esquina,
Amigo, dueña, ó matón.

Ni asoman dos ojos negros
Velando en un mirador,
La estrecha y oscura calle
Con diligente atencion.

Todo calla inmoble y mustio
De Toledo en derredor,
Bajo la choza pajiza,
Bajo el calado artesón.

Que al lejos como la sombra
Del brazo airado de Dios
Avanza con dobles alas,
Nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes
En apiñado escuadrón,
Que encapotando los cielos
Van á atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno
Brama oculto el aquilon,
El trueno encerrado muge,
Hierva el rayo asolador;

Y todo en informe masa,
En espantoso montón,
Sin fuerzas ni ley que basten
A detener su furor,

Rueda en la atmosfera á ciegas
Como buque sin timón,
Como peñasco gigante
Que ancho volcan vomitó.

Doblan roncas las campanas,
Y á su colosal clamor
Se estremece el aura densa
Con rápida vibración.

El firmamento desploma
En álito abrasador
Cuanto fuego en sus entrañas
El Altísimo encerró.

Solo el monge fatigado
Cruza tarde el callejón
Hacia el silencioso templo
A alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
El importuno reló,
Y va acongojado y lento
Murmurando una oración,

En imperceptibles voces
Y murmurante rumor,
Que entre el son de las campanas
Al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
Y apostado en el portón
El mendigo le saluda
Con desfallecida voz.

¡Hé aquí ya el negro nublado,
Que como hambriento dragón
Toda la lumbre del día
De un solo empuje sorbió.

¿Quién sabe al flotante monstruo
La fuerza que ha dado Dios?
¿Quién sabe las maldiciones
Con que su vientre preñó?

¿Quién sabe despues que pase
Lo que ha de dejar en pos?
¿Quién de los que ora le vemos
Podrá decir que le vió?

Cuando rasgue sus tinieblas,
Cuando derrame su voz,
¿Qué luz brillará en el polvo?
¿Qué garganta hará rumor?

II.

Quedaron en calma un punto
Ambos á par aire y tierra
Del imponente nublado
Bajo las alas espesas,

Y á la luz de aquel crepúsculo
Que mas que ilumina ciega,
En la horrible incertidumbre
De la luz y las tinieblas.

El aire que se respira
La avara garganta seca,
Y en el sudor de la frente
Húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto
En la cuadra que le encierra,
El perro espantado aulla
Y receloso olfatea.

El pájaro de su jaula
Contra el alambre se estrecha,
Y al abrigo de sus plumas
Escucha, mira y recela.

Solo la afanosa araña
Su red y su caza deja,
E inmoble y pegada al muro
El trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada
Bajó una gota que apenas
Mojando el sitio en que posa
Desvaneciéndose humea.

Crece el turbión: las sombras del nublado
Ancha guarida por el templo toman,
Y en el cristal del rosetón pintado
Rápidos los relámpagos asoman.

A veces como grupos encendidos
De espectros y diabólicas figuras,
Vacilan en los vidrios sacudidos
Variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,
Y al darles luz la exhalación por fuera,
Cada en los vidrios suspendida gota
Un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire murmullo indefinible
Donde sin leyes, ni prisión, ni valla,
Los espíritus dan en ronda horrible
Zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival cóncava y hueca
Entre su red de góticas labores
Una osamenta descarnada y seca
Dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,
Cada capilla un antro de vampiros
Que columpian y doblan los objetos,
Que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca
Que, abierta en espantosa carcajada,
Apenas el relámpago la toca
Respira una sulfúrea llamada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante
En rauda confusión saltan y flotan
Las figuras que el vidrio vacilante
Con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes,
En cada vidrio que la lumbre hiere
Gestos, hachones, cruces, estandartes . . .
Y el relámpago pasa, y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!
¡Abortos estrambóticos del miedo,
A quien da faz y formas religiosas
Crédula y fácil la oriental Toledo!

IV.

Y entre nubes purpúreas
Peregrinas
De azulado tornasol,
Tendió el iris á los lejos
Los reflejos
De los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
Siete raudas
Sobre el invisible tul,

Dobla el calor; y la calma
Y la fatiga se aumentan,
Y en trémula expectativa
Todo calla y todo vela,

Y el mundo semeja un reo
Que mira desde una reja
Cómo en la plaza su cómplice
Al pié del cadalso llega,

Y duda y vacila y teme
Que se salve y que perezca,
Porque una palabra suya
O le salva ó le condena.

III.

¡Un relámpago!—al punto desatadas
El arenal las ráfagas barrieron,
Y en espeso tumulto aglomeradas
Las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerrose el aire impuro;
El hombre amedrentado y temeroso
El rocío temporal llamó á conjuro
De las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado
La lluvia y el granizo se desploman,
Y allá en su centro en círculo abrasado
Los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,
Agua, granizo y viento se esparraman,
Y al hondo son del prolongado trueno
Talan, devoran, y en tumulto braman.

Hierva el turbión, cegáronse las fuentes,
Las arroyos hinchados y bravíos
Bajaron convertidos en torrentes
A desgarrar los diques de los ríos.

Sus altaneras ondas vencedoras
Los campos adelante se llevaron,
Y envueltos en las hondas bramadoras
Mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,
Todos siguieron el fatal destino;
Presa de sus esfuerzos vengadores
No quedó senda, ruta, ni camino.

Y oran allí á los piés de los altares
En humilde tropel las criaturas,
Al Dios que las tormentas y los mares
Humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje
Del templo gime el colosal cimiento,
Estremecida la techumbre cruje,
Y en sus esquinas se desgarran el viento.

Con que tan falaz nos miente
El manso ambiente
Ese firmamento azul.

¡Salve! ilusion de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendabal,
Levantando en su alegría
Al claro día
Arco espléndido triunfal.

¡Salve! luz tornasolada,
Delicada,
Prenda mágica de paz
En que el cielo jura al alma
Dulce calma
Tras la negra tempestad.

¡Salve! ¡oh iris pasajero,
Mensajero
Del supremo Criador,
En cuyos colores siete
Nos promete
Solaz y treguas y amor!

Por tí en el rojo occidente
Vuelve el sol á levantar
La faz pura, esplendorosa,
Y luminosa
Al acortarse en el mar.

Por tí con cánticos suaves
Van las aves
Surcando el aura otra vez,
Loando en dulces rumores
Los primores
De tu escelsa brillantez,

Por tí en delicadas tocas,
De las rocas
Se desprende virginal
La melancólica niebla,
Cuando puebla
El ámbito celestial.

Por tí, á través de su vuelo,
Luz da al cielo
La luna en turbio crespon,
Como reina macilenta
Que se ostenta
En magnífica ilusion.

Por tí dejan las estrellas
Blancas huellas
De su opaca reina en po
Como lámparas dudosas
Ostentosas
En el alcázar de Dios.

¡Salve! ilusion de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendabal,

Levantando en su alegría
Al claro día
Arco espléndido triunfal.

RECUERDO A N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,
Frescos arroyos, cristalinas fuentes,
Que en esas rocas anchurosa calle
Buscais á vuestras rápidas corrientes;
Y en un remanso recogido acalle
Vuestra linfa sus ondas maldicientes,
Porque sorbiendo el valle su frescura
Cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando,
Sobre las calvas peñas destrenzadas,
Los colores del sol reverberando
En gotas con el sol tornasoladas;
Que manantiales os irán prestando
Esas agudas cumbres escarchadas
Donde se está filtrando en hilos leves
La eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
Que vais de piedra en piedra juguetones,
Césped brotando y derritiendo hielos
En curso inquieto y deleitables sonos,
Felices sois, pues que mundanos duelos
No adornáis, ni raquílicas pasiones,
Al compás con que os suelta y desparrama
Desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos
Rodais por esas mudas soledades,
En anchas ondas, ó en delgados hilos,
Por altas rocas, ú hondas cavidades,
Ya os arrullen los céfiros tranquilos,
Ya el soplo de revueltas tempestades;
¡Felices vuestra aguas transparentes,
Libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle umbroso,
Bajo su tosco pabellon de pinos
La soledad os cansa y el reposo
De sus antros y sotos peregrinos,
Torced el suave paso rumoroso,
Trasponed puentes, y cruzad camino
Ganando tierra y conquistando calle
Hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
Que el sol marchita y Aquilon azota,
Vereis allí á Segovia la altanera,
Ya por el tiempo consumida y rota,
Tal vez caduca, pero hidalga, y fiera
Con su pujante antigüedad remota,
Que aun la ofrecen sus claros manantiales
Sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos; la vereis ufana
Raudos al deslizar vuestra corriente

Sobre esa enorme creacion romana
Que al par la sirve de obelisco y puente;
Noble corona que sustenta vana
Sobre la apenas poderosa frente;
Yugo gigante que la abruma el cuello,
De su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
El verde soto y soledad amena,
Y cruzareis la inmensa pesadumbre
De la alta puente de hendiduras llena:
De veinte siglos la continua lumbre
Su tez ha puesto pálida y morena,
Pero aun se tiene colosal y erguida,
Vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y vereis cuán vanos
Junto á ese eterno y portentoso escombros
Parecen los escombros cortesanos,
De otra mas flaca edad timbre y asombro.
Ellos al fin hundiéronse livianos,
Mas ese aun presta infatigable el hombro,
Mostrando audaz á la flaqueza humana
El vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! esos mezquinos restos solitarios
Que yacen por los llanos estendidos,
Negras torres, desiertos campanarios,
Solares sin señor, templos hundidos,
En eriales y cuevas y calvarios
Y en olvidado polvo convertidos,
No pudieron guardar en la memoria,
Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Aquí están esas góticas capillas
Orladas de magníficos relieves,
Cargadas de sutiles maravillas
En sus aéreos arabescos leves;
Ven, y en esas ruinas amarillas,
Escrutadora edad, lee si te atreves,
Por mas que rompas al pensar los diques
Mas que confusos Alvaros y Enriques.

Avanza un siglo mas en tu camino
Y un poco mas tu huella profundiza,
Y de Alvaros y Enriques el destino
Se hundirá con la tierra quebradiza:
Y mañana pasando el peregrino,
Al topar de sus huesos la ceniza,
Dirá por conjeturas: ¡aquí fueron!
Pero podrá jurar que aquí murieron.

Aquí queda en ese alcázar mutilado
Bajo los opulentos artesones,
De reyes un espléndido senado
Con sus cetros, coronas y blasones;
Y hoy en su puente roto y derribado,
Y en sus pintarrajeados murallones,
Acaso en vano el pensador profundo
Las huellas buscará de Juan Segundo.

Que aun tres siglos su faz buscan apenas,
Y tres veces tal vez le apuntalaron;

El uno vació en lanzas sus cadenas.
Y las lluvias del otro la minaron.
Cegó el otro de adobes sus aïmenas,
Y los tres al pasar le profanaron,
Cual copa así que en el festin rompieron,
Y por juguete á los muchachos dieron.

Do quier se tiendan los avaros ojos
Escombros hallan, débiles memorias
Que apenas en estériles despojos
Rastro dudoso dan de sus historias:
Donde quiera en fatídicos manojos
Huesos se hacinan y se esconden glorias,
Sin que sepan decir tantos osarios
Si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso
El nombre de la patria y alta cuna
De la raza del pueblo poderoso
Que ató á sus piés el tiempo y la fortuna:
Y en ese audaz esfuerzo prodigioso
Con que á la edad fatiga é importuna,
Con que de veinte siglos la carcoma
Se atreve á rechazar, vereis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,
Y en vano el ronco temporal la moja,
Y en vano sobre el monstruo macilento
Tan larga edad su pesadumbre arroja;
Que siempre altivo, y grande, y opulento,
Ni el vendabal ni la vejez le enoja;
Y siempre rico en su ciudad derrama
Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
Aguas puras de fuentes cristalinas
Que hollais el césped y chupais los hielos
En esas cumbres á la luz vecinas;
Bajad del monte si abrigais desvelos
En vuestras soledades peregrinas,
Cansados ya de la desierta sierra,
De ver mas ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda,
Donde entre brezos de color pajizo
Tiende la yerba trenzas de esmeralda
Con que á sus solas sus alfombras hizo,
Donde con flores de carmin y gualda
Corona vuestro espejo movedizo,
Hay una puerta en el hendido casco
De los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo,
Ni crece á su dintel adelfa amarga,
Ni fiera alguna de talante torvo
La linfa turba en su carrera larga:
Torced por ella vuestro curso corvo
Sobre el peñasco que el camino alarga,
Hasta que vuestros rápidos cristales
Rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro
Por la ancha espalda del escelso puente,